

HUGO CARRILLO

R-mayo-66  
TRES  
10/nov/08

D. R. © 1974 Hugo Carrillo

# La Herencia de la Tula

TEATRO EN UN ACTO

Premio Juegos Florales  
Centroamericanos  
Quezaltenango, 1962

TODOS LOS DERECHOS DE AUTOR  
RESERVADOS CONFORME LA LEY.  
PARA CUALQUIER INFORMACIÓN  
DIRIGIRSE AL AUTOR: APARTADO  
POSTAL 2049, GUATEMALA, C. A.

1084383

SEMINARIO MUL. "DISCIPLINARI"  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

MORSIS  
c.1 2-La Herencia

EDITORIAL "JOSE DE PINEDA IBARRA"

1974

IMPRESO EN GUATEMALA, CENTRO AMERICA

Editorial "José de Pineda Ibarra". Ministerio de Educación — 1974.

1890

1890

— A JENNY  
mi hermana

LA HERENCIA DE LA TULA fue estrenada por la Compañía de Teatro de la Universidad Popular el día 20 de octubre de 1964, dentro del Tercer Festival de Teatro Guatemalteco. La dirigió Rubén Morales Monroy con el siguiente reparto:

(Por orden de aparición)

*Sotero*  
*Santos*  
*Tula*  
*Sacristán*

*ROLANDO CACERES*  
*LIDIA COLINDRES*  
*MERCEDES PINTO*  
*RODOLFO MEJIA*

*El interior de una casa de vecindad. Entra Sotero tambaleándose después de una noche de farra. Orina en un rincón. Desde la ventana de su casa lo espía Santos entre nerviosa y coqueta. Sin percatarse de ella Sotero va a la suya y toca a la puerta insistentemente. Adentro, en la cama, está Tula, su mujer.*

SOTERO:

Abrime, Tulita... No seás ingrata...

TULA:

*(Adentro)* ¡Borracho! ¡Desgraciado! ¡Sinvergüenza! Salí de aquí... No quiero volver a verte más. ¿Me estás oyendo? ¡Nunca más...!  
*(Se levanta y va hacia la ventana).*

SOTERO:

Abrime, que ya no aguanto, Tula... Tulita... ¡Tula, te digo! ¡No le busqués tres pies al gato! ¡Mirá que no estoy para bromas...!

TULA:

*(Por la ventana)* ¡Hereje! ¡Te bebiste la Virgen que me regaló mi abuelo cuando nos casamos...!  
¡Te vas a condenar!

SOTERO:

Pero si nunca nos hemos casado, Tulita.

TULA:

No le hace. Pero así le mandé yo a decir a mi abuelo y por eso me regaló la Virgen... Y lo *pior* es que ya estaba bendita. ¡Eso es lo que más me duele!

SOTERO:

No es para tanto. Te juro que sólo la empeñé.

TULA:

¡Judío! Con la religión no se juega. Estás en pecado mortal y Dios te va a castigar. ¡Salí de aquí te digo...! No quiero nada con vos. ¡Nada! ya me rebalsaste la paciencia.

SOTERO:

Te juro que la voy a desempeñar. *(Jurando)*  
¡Por Dios y la Reina del Cielo que ahora está sudando en la Bola de Oro...!

TULA:

¡Ay, quién te ve jurando el nombre de Dios en vano...!

SOTERO:

¡Abrime, por vida tuya...!

TULA:

No, Sotero... Te perdoné que me empeñaras a San Judas y a San Antonio, pero lo que es a la Virgen, no... ¡Salí de aquí antes de que pierda la cabeza y te dé cuatro sopapos bien puestos...!

SOTERO:

¡Shhh...! Bajá la voz, que te pueden oír los vecinos...

TULA:

¡Qué me importa! ¡Que me oigan, que me oigan...! Que de una vez por todas sepan que sos un vividor. Yo no hago más que trabajar el día entero para darte de comer, ¡rezanganazo...! ¡Y esa es la forma de pagarme mis sacrificios? No, tatita, esto se acabó. Prefiero estar sola que mal acompañada. Porque vos no cambiás, Sotero. Arbol que crece torcido, nunca su rama endereza...

SOTERO:

No me tratés así, Tulita. ¿Ya se te olvidó que yo te quiero por encima de todos tus defectos?

TULA:

Pero yo no..., ¡labioso!

SOTERO:

Así es la vida... Antes, yo era tu rey; pero ahora que me ves caído, me tratás *pior* que a un perro...

TULA:

El que la busca la encuentra, Sotero. Tanto va el cántaro al agua, que al fin se quiebra.

SOTERO:

Pero acordate, Tula, que en mi poder te calzaste.

TULA:

¿Qué? ¡Mentiroso! ¡Por ver que yo salí de mi pueblo estrenando zapatos nuevos...

SOTERO:

Si yo no es que te lo saque en cara. Pero al pan pan, y al vino vino...

TULA:

¿Sabés qué deberías hacer en vez de estar ahí parado levantándome calumnias?

SOTERO:

¿Qué?

TULA:

¡Ir a buscar trabajo, haraganazo...!

SOTERO:

Ganas no me faltan. ¿Pero qué puedo hacer si ya no tengo la carreta?

TULA:

¿Y quién te obligó a venderla ¡Ay, todo por el maldito guaro! Y si me descuido, también a mí me hubieras salido a vender. Porque ya perdiste hasta la última gota de vergüenza que tenías en la cara... Yo no sé qué te pasó, pero de aquel Sotero tan galán y tan bien dado que yo conocí, ya no quedan ni las sombras... ¡ni las sombras...!

SOTERO:

Te vas a arrepentir, Tula, no parecés cristiana. Si hubiera sabido que no tenías entrañas, jamás te habría requerido en amores... ¡En fin...! Más vale tarde que nunca.

TULA:

Mejor andate, Sotero. ¡Me estás calentando la sangre y ya sabés que yo no juego cuando se me sube el Gómez a la cabeza...!

SOTERO:

¡Ay, juer! ¿Y qué gran cosa es el Gómez? No se te olvide que yo me llamo Sotero Barrios, a mucha honra, y que desciendo en línea indirecta de un general que fue Presidente de la República... Está bueno. Me voy. Pero no vengás después a suplicarme que regrese, porque no pienso volver jamás... Yo soy pobre, pero honrado.

TULA:

Andate a buscar quién te mantenga. Vamos a ver dónde encontrás otra Tula que te aguante tus sinvergüenzadas...

SOTERO:

*(Comienza a salir. Se detiene y regresa)* Al menos dame mi saco, Tulita. Mirá que estoy temblando de frío.

TULA:

¡Del frío! ¡Del frío...! ¿Creés que no te conozco bien? Estás temblando de la borrachera... No, Sotero. A otro perro con ese hueso que yo no vengo de arriar pijijes.

SOTERO:

Te va a castigar Dios por mala.

TULA:

De esta casa no sale ni agua para vos... Ah, y decile a tus amigotes que no me vengán a cantar canciones en la madrugada, porque les echo la policía encima. Yo soy una mujer decente, no una cualquiera; y me levanto muy temprano todos los días para ganarme el sustento diario, porque no tengo quién me mantenga. Así que ya lo sabés. Vos por tu lado y yo por el mío. Porque como decía mi compadre Jesús, que en gloria esté, y con toda la razón: es mejor estar solo que mal acompañado...

SOTERO:

¡Genio y figura, hasta la sepultura...! Bueno, la que se lo pierde es ella. Bien dicen que no se hizo la miel para el pico del zope... *(Empieza a salir. Lo detiene Santos, que ha estado esperándolo en la puerta de su casa)*.

SANTOS:

¡Ay, don Sotero! Qué grosera es la Tula, ¿verdá? Oí todo lo que le dijo y me dio mucha pena, porque *usté* es muy educado y no se merece un trato semejante...

SOTERO:

Gracias, Santos. Menos mal que una persona como *usté* es testiga de la vida que me da esa mujer. Algún día se va a arrepentir, pero ya será tarde.

SANTOS:

Ya sabe que cuenta conmigo para todo lo que quiera...

SOTERO:

Si ella fuera como *usté*, otro gallo me cantara, Santos.

SANTOS:

Lo mismo digo yo, don Sotero. Si mi marido fuera como *usté*, otro gallo me cantara. Pero así es la vida. Yo tuve que casarme con un viejo que no sirve para nada, y en cambio la Tula se lo llevó a *usté*. (*Suspirando*) Bien dicen que la suerte de la fea, la bonita la desea...

SOTERO:

*Usté* me levanta el ánimo, Santos...

SANTOS:

Eso y más quisiera yo levantarle, don Sotero. *Usté* me comprende...

SOTERO:

Pero esto no se lo perdono, Santos. Se lo juro. Porque yo soy muy macho. Eso sí, pobre pero muy macho.

SANTOS:

Eso no se duda, don Sotero. ¡Se le ve por encima! Y no es justo que la Tula lo trate así. Dele una lección para que aprenda. Eso es lo que ella necesita.

SOTERO:

Pues francamente no se me ocurre nada...

SANTOS:

Es muy fácil. Consígase otra mujer. Los celos son la peor venganza entre casados.

SOTERO:

¿*Usté* cree?

SANTOS:

Yo sé lo que le digo...

SOTERO:

¿Pero qué mujer me haría caso sabiendo que yo vivo con ella? Acuérdesse que tiene una fama negra en todo el vecindario. Sobre todo cuando se trata de pleitos. Por eso en el mercado la quieren nombrar secretaria general de todas las locatarias.

SANTOS:

¿Y...?

SOTERO:

Que no hay mujer que se atreva con ella, Santos.

SANTOS:

*Usté* no me ha entendido, don Sotero.

SOTERO:

¿Y no dice que le dé celos, pues?

SANTOS:

Sí. Pero lo importante es que la Tula crea que *usté* tiene otra mujer, aunque no sea *verdá*. ¿Comprende? Si *usté* le despierta la sospecha de que se consiguió otra, estoy segura que será suficiente para que ella se muera de los celos.

SOTERO:

Tiene razón, Santos. ¿Pero cómo hago para que me lo crea?

SANTOS:

Es muy sencillo. Un poco de perfume y unos labios pintados sobre la camisa es todo lo que necesita.

SOTERO:

¿Y dónde consigo todo eso?

SANTOS:

Déjelo por mi cuenta. Mire: ese viejo arrugado que tengo por marido siempre se duerme muy temprano, y no despierta aunque el techo se le caiga encima. *Usté* pase hoy en la noche por mi casa y deme tres toquecitos en la ventana para que yo lo reconozca y le abra la puerta. En mi cuarto tengo todo lo que necesita. ¿Qué dice?

SOTERO:

¿Y si alguien nos descubriera?

SANTOS:

Imposible. Mi marido duerme como un lirón y nunca se entera de nada.

SOTERO:

¿Y los vecinos?

SANTOS:

No se preocupe, yo me cuido mucho del qué dirán. Porque *usté* ya sabe que la gente no tiene empacho en levantarle un falso a cualquiera. Así que yo no se lo contaré a nadie, por mi propia conveniencia. Y a *usté* tampoco le conviene contarlo, porque entonces la Tula se daría cuenta que sólo le estaba tomando el pelo.

SOTERO:

¿Y *usté* cree que dará resultado?

SANTOS:

Naturalmente. Pero hay que darle tiempo al tiempo para lograr lo que *usté* se propone. Por eso hay que comenzar cuanto antes. Lo espero esta noche sin falta.

SOTERO:

No, Santos. Se lo agradezco mucho, pero es mejor que las cosas se queden como están. Ya que la Tula es como es, pues que con su pan se lo coma... Yo me voy para siempre.

SANTOS:

No diga eso, don Sotero. Mire que me da mucha tristeza... Yo tenía tantas ganas de... ayudarlo.

SOTERO:

Se lo aprecio, Santos, Y nunca lo olvidaré.

SANTOS:

Ojalá que tampoco se le olvide que mi marido duerme la noche entera como un lirón...

SOTERO:

Duerme tranquilo porque *usté* lo cuida. Dichoso. Desgraciadamente yo no tengo esa suerte. Adiós, Santos. Y muchas gracias por su buena voluntad...

SANTOS:

Yo hago lo que puedo, don Sote... (*Sotero sale*) No, Soterito. No te me vas a escapar tan fácilmente. Estás muy equivocado, porque yo donde pongo el ojo, pongo la bala. Como que me llamo Santos de Gutiérrez...

SACRISTÁN:

(*Entrando*) Buenos días, señora...

SANTOS:

(*Distraída*) Buenos...

SACRISTÁN:

Perdóneme...

SANTOS:

¿Me hablaba...?

SACRISTÁN:

Sí, señora. ¿Me podría informar si aquí vive doña Tula de Barrios?

SANTOS:

Sí. Aquí vive... En el veintiocho.

SACRISTÁN:

Muchísimas gracias. Por fin logré dar con ella.



SANTOS:

Venga acá. No se me vaya. ¿Se puede saber para qué la busca?

SACRISTÁN:

Le traigo un encargo de su difunto abuelo, que en gloria esté...

SANTOS:

¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...!  
¿Y cuándo se murió el abuelo de la Tula?

SACRISTÁN:

El miércoles hizo ocho días que entregó su alma a Dios.

SANTOS:

Pero ella no sabe nada porque ya me lo hubiera contado.

SACRISTÁN:

Precisamente esa es la triste noticia que vengo a darle.

SANTOS:

Va a ser un golpe terrible para la Tula. Lo quería mucho... Véngase conmigo. Voy a enseñarle dónde vive.

SACRISTÁN:

No... No es necesario, muchas gracias. Prefiero ir solo.

SANTOS:

De ninguna manera. ¿Usted cree que yo soy una mujer sin corazón? ¿Cómo se le ocurre pensar que en estas circunstancias voy a dejar sola a la pobre Tula? Ella podrá tener muchos defectos, pero a la hora de la muerte se perdona todo... ¡Vamos! (Los dos van hacia la casa de la Tula. Santos toca la puerta).

TULA:

(Adentro) Si te vuelvo a ver por aquí te echo una olla de agua hirviendo encima...

SANTOS:

Abrí la puerta, Tula. Soy yo..., Santos.

TULA:

(Abriendo) Creí que era ese sinvergüenza de...

SANTOS:

No. Soy yo. Y este señor es el sacristán de tu pueblo y te anda buscando.

TULA:

¿De qué se trata? Esta semana ya di muchas limosnas, así que...

SACRISTÁN:

¿Cuál es su gracia, señora?

TULA:

Doña Tula Gómez de Barrios... ¿Y la suya?

SACRISTÁN:

Francisco Pérez, sacristán de la iglesia de Cuilapa, para servir a Dios y a usted...

TULA:

¿Y se puede saber qué lo trajo por aquí? No me diga que está haciendo colectas para la reconstrucción de la iglesia, porque hace años que estoy oyendo la misma historia...

SACRISTÁN:

No... No se trata de eso.

TULA:

¿Entonces...?

SACRISTÁN:

Vine a buscarla, primero que todo, para manifestarle...

TULA:

¡Al grano! Estoy muy ocupada, así que no me quite el tiempo...

SACRISTÁN:

No sé cómo principiar... Venía a comunicarle que...

TULA:

¡Hable, hombre, por Dios! ¿Le comieron la lengua los ratones?

SACRISTÁN:

*(Rápido)* Su abuelo, don Nicomedez Gómez falleció la semana pasada...

TULA:

¿Qué dice...?

SANTOS:

Tu abuelo, Tula.

SACRISTÁN:

Falleció hace una semana...

SANTOS:

Resignación... Todo se ha consumado... Sentido pésame...

SACRISTÁN:

Aquí está la partida de defunción. *(Le enseña un documento)*.

TULA:

¿Mi abuelo...?

SACRISTÁN:

Sí, doña Tula, lea...

TULA:

¡Ay, abuelito de mi alma! ¡Qué desgraciada soy! ¿Por qué te fuiste? Dios mío, ¿por qué te lo llevaste? Si era un hombre tan bueno, tan honrado, tan servicial... Nunca le hizo mal a na-

die. Al contrario: que un bien aquí, que un favor allá... ¡Esa fue su vida! Tan cristiano, tan respetuoso de las leyes que fue siempre. ¡Ay, Señor, tanto pícaro que anda por el mundo! ¿Por qué no te los llevaste a ellos y dejaste en paz a mi abuelo...? ¡No, Santos, no me ataranten! ¡Dejen que me desahogue! ¡Si no grito, me muerro...! ¡Ay...! *(Seria)* ¿Y cuándo fue? ¿De qué murió? ¿Le dieron los Santos Auxilios? ¡Ay...!

SANTOS:

Calma, Tula, calma... Dios sabe lo que hace. Resignación. Todo se ha consumado. Sentido pésame.

SACRISTÁN:

Yo también me uno a su pesar...

TULA:

¿Por qué no me avisaron a tiempo? ¡Ingratos, ingratos...!

SANTOS:

Sentido pésame. Todo se ha consumado. Resignación.

SACRISTÁN:

Yo también me uno a su pesar...

TULA:

Yo hubiera ido volando a cerrarle los ojos...

SACRISTÁN:

Ya no dio tiempo, doña Tula. Todo sucedió muy rápido.

TULA:

¡Ay, abuelito de mi corazón! ¡Te me fuiste para siempre...!

SANTOS:

Tula... Tula... Sentido pésame.

SACRISTÁN:

Yo también me uno a su pesar...

TULA:

¿Qué va a ser de mí? ¡Tú eras lo único que yo tenía en el mundo! ¿Por qué no veniste a decirme adiós, viejito de mi alma?

SACRISTÁN:

Murió en mis brazos, se lo aseguro.

TULA:

¡Tanto que te dije que ya no hicieras más guarro de contrabando! ¿Para qué? ¡Si ya habías hecho tu pisto! Pero la ambición rompe el saco. ¡Yo te lo vivía diciendo..., con la policía no se juega! *(Al sacristán)* Lo mataron... ¿verdá? ¡Claro que lo mataron! ¡Policías desgraciados, me mataron a mi viejito...!

SACRISTÁN:

No, doña Tula. Murió de una indigestión. Le dio un empacho...

TULA:

Y yo mientras tanto en la luna de lo que le estaba pasando. Menos mal que murió con el estómago lleno. ¡Ay, Santo... Santo, Santo, Dios de los Ejércitos! ¿Por qué me tenía que suceder esto a mí?

SANTOS:

Así es la vida, Tula. Hay que resignarse.

SACRISTÁN:

Antes de morir, don Nicomedes me entregó un paquete con mil novecientos quetzales, con el encargo de que si algo le sucedía, yo viniera a buscarla y los pusiera en su poder, doña Tula... Y como Dios quiso que abandonara este valle de lágrimas, aquí me tiene cumpliendo su última *voluntá*...

TULA:

¿Qué dice? ¿Mil novecientos quetzales? *(Llanto histérico)*.

SACRISTÁN:

¡En billetes de a cinco!

SANTOS:

Eso se llama tener suerte.

TULA:

*(Dejando de llorar)* ¿No eran más? ¿Está seguro? ¿Seguro?

SACRISTÁN:

Absolutamente seguro... Tengo un documento donde...

TULA:

¿Dónde están? ¡Démelos! Más vale pájaro en mano que mil novecientos volando...

SANTOS:

Ya ves, Tula. No hay mal que por bien no venga.

TULA:

Dios nunca desampara a los pobres, Santos, nunca. Que te sirva de lección. El ha premiado todos mis sufrimientos porque ha visto la vida que llevo. *(Al sacristán)* ¡Cayendo con el dinero, por favor!

SACRISTÁN:

Por tratarse de un asunto muy delicado y por miedo a que se me perdieran, no los traje conmigo, doña Tula...

TULA:

¿Y dónde los dejó? ¡Ay! ¿Pior si se los roban? Mire que en estos tiempos hay un ladronerío por todas partes, que si uno se descuida, de las manos le quitan las cosas.

SANTOS:

Es verdad. Precisamente ayer delante de tres policías le robaron a una pobre mujer su bolsa. Yo lo vi con estos ojos que se han de comer los gusanos. Y ellos no hicieron nada.

TULA:

Naturalmente, si los policías son *piores* que los ladrones.

SANTOS:

A mí se me figura que estaban de acuerdo, porque ni caso le hicieron a la mujer cuando ella les pidió auxilio.

TULA:

Que no te quepa la menor duda. *(Al sacristán)*  
¿Dónde dejó el dinero?

SACRISTÁN:

En el mesón. Pero no tenga pena. Los dejé escondidos en una Biblia.

TULA:

Ese no es un sitio muy seguro. Ultimamente entre los ladrones ya no hay analfabetos.

SANTOS:

Claro que no. ¡Si hasta parecen diputados!

SACRISTÁN:

No se preocupe. Ahora mismo iré por ellos. Pero como *usté* comprenderá...

TULA:

Sí, sí, comprendo. Comprendo. Pero vaya a traerlos ahora mismo, porque yo no me muevo de aquí hasta que *usté* regrese. No..., mejor lo acompaño. Espéreme un momentito. Sólo voy a traer mi manto.

SACRISTÁN:

Y si me hace el favor, llame a su esposo para que él también nos acompañe...

TULA:

¿Sotero? ¿Y él que vela tiene en este entierro?

SACRISTÁN:

*(Sacando un papel)* Su abuelo, que en Gloria esté, dejó estas instrucciones que debo cumplir antes de entregarle el dinero, doña Tula...

TULA:

¿Instrucciones? ¿Qué clase de instrucciones?

SACRISTÁN:

*(Leyendo)* "...la cantidad de mil novecientos quetzales a mi nieta Tula Gómez, casada con un tal Sotero Barrios, vecino de la colonia la Limonada, cerca del estadio Mateo Flores, de la ciudad capital... con la condición de que pruebe ser cierto que está casada como lo manda la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, etcétera, etcétera, etcétera".

TULA:

¿Cómo es la cosa? ¿Y el hereje de mi abuelo es quien se permite dudar de mi matrimonio? ¡Faltaba más! Que él haya sido un sinvergüenza toda su vida, no quiere decir que yo no tenga una moral muy firme y una honorabilidad intachable...

SACRISTÁN:

No, doña Tula, no se trata de eso. Pero mi buen amigo, que Dios tenga en Gloria, creyó más prudente dejar su dinero en una casa bendita por la Iglesia, y no en un sitio donde imperara el pecado... Por aquello de que dinero que no cuesta, hagámoslo fiesta...

TULA:

Pues mi casa es muy honrada y además reque-  
tedecente. De eso puede estar completamente  
seguro. ¡Vamos por el dinero!

SACRISTÁN:

¿Y su esposo no está en la casa?

TULA:

No. No está...

SACRISTÁN:

¿Y *usté* no tiene la constancia extendida por el  
sacerdote que los casó? Eso es suficiente.

TULA:

Sotero es el que guarda todos mis papeles. No  
sé dónde los tiene.

SACRISTÁN:

Porque de lo contrario, doña Tula, el dinero pa-  
saría a manos de la Iglesia, para comprarle su  
carro al padre García de la parroquia de Cui-  
lapa...

TULA:

¡Jamás! ¡Eso nunca! ¡Primero muerta! Muchos  
hijos tiene la Iglesia, señor sacristán, para que  
ahora quiera quitarme lo que me corresponde.  
Aquí yo soy la única nieta del difunto.

SACRISTÁN:

Pero esas fueron sus instrucciones...

TULA:

¡Eso a mí me importa un rábano!

SANTOS:

No te exaltés, Tula, porque es peor. Calmate.  
Hablando se entiende la gente. No se te olvide que  
aquí la única que puede salir perdiendo, sos  
vos...

TULA:

Es que no hay derecho a que mi abuelo me ha-  
ga esto. Lo va a castigar Dios.

SANTOS:

Lo importante es conseguir las pruebas para que  
te entreguen tu herencia. Y después hacele una  
misa de difuntos, para que vea que no le guar-  
dás rencor.

SACRISTÁN:

Me parece muy cristiano.

TULA:

Bueno. Entonces, ¿cómo hiciéramos? *Usté* lo que  
necesita es una prueba, ¿*verdá*? Pues vamos a te-  
ner que esperar hasta que regrese Sotero, porque  
él es quien tiene guardados todos los papeles de  
nuestros asuntos... Lástima que no vino antes  
porque se acaba de ir a trabajar. Ya sabe *usté* que  
ese es el único camino que nos queda a los po-  
bres. Trabajar, trabajar y trabajar... ¿No es  
cierto Santos?

SANTOS:

Estás hablando como la Biblia, Tula. Sobre el  
lomo de los pobres recae todo el peso del mun-  
do... Ay, es horrible...

TULA:

Y como todo está por las nubes de caro, apenas  
se gana para ir medio viviendo... ¿*Verdá*,  
Santos?

SANTOS:

Es *verdá*. Uno trata de aparentar lo mejor que  
puede, pero francamente hay días que no ama-  
nece ni para el pan... Ay, es horrible...

SACRISTÁN:

Resignación, señoras. Todos los sacrificios tienen su recompensa... No se olviden que la otra vida está llena de riquezas para los pobres...

SANTOS:

Así dicen, ¿verdad?

TULA:

Si eso es cierto yo preferiría estar ya en la otra vida. Porque a esta no le veo solución. No tiene salida por ninguna parte.

SACRISTÁN:

Hay que tener paciencia. Dios sabe lo que hace... Lo importante ahora es terminar el asunto que tenemos pendiente.

TULA:

Me quitó la palabra de la boca. Lo mejor que podemos hacer es esperar a que venga mi marido. ¿Entonces por qué no se va a traer ese dinero...? Mientras tanto, nosotros conseguimos las pruebas necesarias para cumplir con la voluntad del difunto, que en Gloria esté...

SACRISTÁN:

Me parece muy bien. ¿A qué hora regresa su esposo?

TULA:

Depende. Unos días temprano, otros tarde. Según como le vaya. El pobre es tan trabajador que nunca pierde la oportunidad de ganarse unos centavitos. Gracias a Dios, en ese sentido no puedo quejarme... Todo lo contrario.

SACRISTÁN:

¿A qué hora sería más conveniente regresar entonces?

TULA:

A eso de las nueve, digo yo... ¿Verdad, Santos?

SANTOS:

Más o menos a esa hora lo veo venir siempre.

SACRISTÁN:

Muy bien. Volveré a eso de las nueve... Con su permiso, señoras... Dios quede con ustedes...

SANTOS:

Que le vaya muy bien.

TULA:

Que Dios lo acompañe. Y tenga mucho cuidado, no vaya a ser la desgracia que le suceda algo en el camino. Guárdese el dinero en un lugar seguro...

SACRISTÁN:

Sí, sí, no se preocupe... Que la Virgen quede con ustedes... (Sale).

SANTOS:

¡Corona de espinas...! ¿Y ahora qué vas a hacer, Tula?

TULA:

Lo que sea, Santos. Lo que sea. Pero lo que es a mí, ese dinero no se me escapa de las manos. Como que dos y dos son cuatro. Bonito sería que mi abuelo se haya pasado la vida arriesgando el pellejo para reunirlo, y que a última hora sea la Iglesia la que se lo aproveche... No, Santos. Eso es lo que ellos quisieran, pero lo que es conmigo se topan con hueso. Porque yo de tonta no tengo un pelo. Ahorita mismo me caso.

SANTOS:

Tenés razón, Tula. Yo en tu lugar haría lo mismo.

TULA:

Y mato dos pájaros de un tiro. Me honro con Sotero para evitar las habladurías de la gente, y por otro lado recibo mi herencia. Cuando lo sepan mis compañeras del mercado se van a morir de la envidia...

SANTOS:

Bien dicen que casamiento y mortaja, del cielo baja...

TULA:

¿No viste por dónde se fue ese condenado de Sotero?

SANTOS:

No. Pero al salir me dijo que no pensaba volver aquí nunca más.

TULA:

¿Así te dijo?

SANTOS:

Que me parta un rayo si no fueron esas sus palabras textuales.

TULA:

¡Mmmm...! Con eso quiso decir que se iba a la cantina de la vuelta. La que se llama "El Triunfador". Siempre hace lo mismo. Necesito hablar con él, pero no me conviene ir a buscarlo. ¿No te parece?

SANTOS:

Es *verdá*. No te conviene ir a buscarlo.

TULA:

Haceme el favor, Santos. Andá a traérmelo. Decile que estoy hecha un mar de lágrimas por la muerte de mi abuelo. Pero no se te vaya a salir contarle lo de la herencia. Decile nada más que estoy como loca y a punto de que me den con-

vulsiones... Y regañalo. Decile que no me haga sufrir tanto, y todo lo que se te ocurra. Andate volando. (*Se entra a su casa*).

SANTOS:

Esto era lo que yo necesitaba para que Sotero cayera en la trampa. ¡Qué razón tenía mi comadre Julia cuando me dijo que la fumada del puro era infalible! Y ahora, manos a la obra, porque con este muertito todos vamos a salir ganando: la Tula, su herencia; Sotero, su venganza... Y yo, ¡a Sotero...! (*Sale*).

TULA:

(*Abriendo la puerta de su casa*) ¿Santos...? Se fue... ¡Ay, Dios mío, qué mala suerte! Ojalá no vaya a decirle nada referente al matrimonio por la Iglesia, porque me echa a perder mis planes... Necesito agarrarlo desprevenido. De lo contrario va a querer imponerme condiciones. ¡Y eso sí que no se va a poder! En fin, que sea lo que Dios quiera... En lo que vienen voy a cortar cebolla para que Sotero me encuentre llorando... ¡Ay, por qué se le ocurriría a mi abuelo dejar tantas instrucciones con ese sacristán de mis pecados...! (*Se entra*).

SANTOS:

(*Aparece trayendo a Sotero*) Pero júreme que no le va a repetir lo que acabo de contarle, don Sotero. Y tenga mucho cuidado. La Tula quiere aprovecharse de *usté* para que le entreguen ese dinero. Y después de todo lo que le ha hecho, francamente es una sinvergüenzada que no tiene nombre.

SOTERO:

*Usté* lo ha dicho, Santos... Una sinvergüenzada...

SANTOS:

Prométame que no le va a decir nada. Acuérdesse que con la Tula hay que andarse con pies de plomo.

SOTERO:

Se lo prometo.

SANTOS:

¿Y ahora, qué piensa hacer?

SOTERO:

Vengarme, Santos, vengarme...

SANTOS:

Si esta vez no se aprovecha, don Sotero, es porque no quiere. La Tula está en sus manos.

SOTERO:

¿Verdá que sí?

SANTOS:

Claro que sí. Demuéstrele que *usted* puede conseguirse las mujeres que quiera, el rato que le dé la gana. Ahí está su venganza. Se va a morir de la rabia pero no tendrá más remedio que quedarse con la boca callada. ¿Comprende?

SOTERO:

Sí, Santos. Empiezo a ver claro... Y *usted* tiene razón. Eso es lo que voy a decirle.

SANTOS:

No, don Sotero. *Usted* no le diga nada.

SOTERO:

¿Entonces...?

SANTOS:

Sólo preséntesele con alguna prueba de que ha estado con otra mujer... Un pañuelito, por ejemplo. O la camisa manchada de pintura de labios y olorosa a perfume... Deje que las pruebas hablen por sí solas.

SOTERO:

¿Y si ella no se da por enterada?

SANTOS:

¡Ay, don Sotero! Qué bien se ve que *usted* no conoce a las mujeres.

SOTERO:

¿Cree que dará resultado?

SANTOS:

Claro que sí. Y como ella tiene necesidad de casarse con *usted* para recibir la herencia, no tendrá más remedio que callarse la boca.

SOTERO:

Tiene razón...

SANTOS:

Y no le dé explicaciones. Ella se morirá de la rabia, pero no tendrá más remedio que aguantarse.

SOTERO:

Sólo tengo un problema, Santos...

SANTOS:

¿Cuál?

SOTERO:

¿Dónde encuentro a esa mujer?

SANTOS:

¡Ay, don Sotero, por Dios! *Usted* no me ha entendido... Con sólo que la Tula crea que existe es más que suficiente.

SOTERO:

De veras que sí.



SANTOS:

Yo ya le dije que con mucho gusto lo ayudo en todo lo que necesita. Por eso no se preocupe. Y lo hago sólo porque lo estimo mucho y me da tristeza ver la forma como la Tula lo trata. Porque yo soy muy decente y no me gustan los líos y las porquerías. *Usté* ya me conoce.

SOTERO:

Sí, Santos. Y no sabe cuánto se lo agradezco. Algún día le corresponderé como debe ser... Ya verá.

SANTOS:

Ay, don Sote...

SOTERO:

Con esto me las pagará todas juntas. Como que me llamo Sotero Barrios...

SANTOS:

Así me gusta oírlo hablar.

SOTERO:

Entonces me voy... Adiós, Santos.

SANTOS:

No, no, don Sotero. Tenga un poquito de paciencia. Hay que hacer las cosas bien hechas. Mientras regresa el sacristán, tenemos tiempo suficiente para que *usté* comience a cumplir su venganza. Lo más importante ahora es que *usté* principie a vengarse cuanto antes...

SOTERO:

Pero, ¿y dónde consigo las pruebas, Santos?

SANTOS:

No se preocupe. Ya le dije que yo le daré todo lo que necesita.

SOTERO:

Me da pena ponerla en tantas molestias...

SANTOS:

No es molestia, don Sotero. ¡Al contrario! Mire, *usté* váyase caminando y cuando pase por la puerta de mi casa, la empuja y entra. No se preocupe por mi marido. Está durmiendo y no despierta ni a cañonazos. Pero tenga cuidado que nadie lo vea entrar. La gente es muy habladora y luego inventa cosas...

SOTERO:

No se preocupe.

SANTOS:

Entre directamente a mi cuarto. Es el que está a mano derecha. Mejor si se quita los zapatos para no hacer ruido. Y espéreme allí. Yo sólo voy a arreglar un asuntito que tengo pendiente y enseguida estoy con *usté*...

SOTERO:

Allí la espero, Santos... Y no se tarde, por favor.

SANTOS:

Pierda cuidado. Ya verá que no se va a arrepentir, don Soterito...

*(Sotero se dirige misteriosamente a la casa de Santos y al llegar a la puerta se quita los zapatos con mucho cuidado y entra)*. Así es como te quería ver, Sotero. En la trampa. Por algo te he estado fumando el puro todos estos días. Bendita sea mi comadre Julia que me iluminó el camino. Y ahora me voy a hablar con la Tula, porque estoy que la miel se me arde por terminar este asunto... *(Se dirige a la casa de Tula y toca la puerta)*.

TULA:

¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy... ¡Sola y desamparada para siempre! ¡Sin marido y sin

abuelo! ¿Qué va a ser de mí, Señor? ¡No me queda más remedio que hacerme Hermana de la Caridá...!

SANTOS:

Soy yo, Tula. Abrime... Soy yo. Santos.

TULA:

(Abriendo) ¿Y Sotero? ¿No lo encontraste?

SANTOS:

No sé si debería contarte lo que me dijo el cantinero...

TULA:

¿Qué te dijo?

SANTOS:

Ay, Tula... Francamente me da mucha pena.

TULA:

¿Se lo llevaron preso? ¡Sólo eso me faltaba!

SANTOS:

Pior. Se fue con otra mujer. Me imagino que con una de esas de la mala vida. ¡Digo yo, pues...! Y dice que le dijo que regresaría a la cantina como a las doce...

TULA:

¿Con una mujer? ¡Ah, infeliz! ¡Eso sí que no se lo perdono! Esperate que lo mire, Santos. Ya vas a ver la quebrada de cara que le voy a dar...

SANTOS:

Bien dicen que en estos tiempos ya no se puede confiar en los hombres. Yo por eso estoy muy contenta de haberme casado con un hombre mayor... Yo sé que la gente habla, pero a mí no me importa porque vivo muy tranquila con él.

TULA:

¡Ah, pero Sotero no sabe la que le espera! Porque si cree que conmigo va a jugar está muy equivocado. Al nada más ponerle el ojo encima, le voy a dar una sopapeada que no se le olvidará en el resto de su vida... ¿Vos no viste a la mujer, Santos? No me mintás, por vida tuya. ¿Cómo era? ¿Joven, bonita, de buena familia...? ¿Cómo era...?

SANTOS:

No, Tula, no la vi. Pero que no te quepa la menor duda que se trata de una rocolera...

TULA:

¡Desgraciado, infeliz, traidor! ¡Mujeriego! ¡Pero de ésta no se me escapa!

SANTOS:

No *siás* tonta, Tula. ¿Y la herencia? ¿Ya se te olvidó que tenés que casarte con él para que te la entreguen?

TULA:

¡Ay, es *verdá!* Yo no sé por qué diablos se tenía que morir mi abuelo ahora que tengo tantos problemas conyugales. Todo se me juntó de golpe. Bien dicen que cuando Dios da, da de junto...

SANTOS:

Calmate. No es para tanto. Todo tiene solución en esta vida.

TULA:

¿Pero entonces qué hago? No le voy a permitir a ese desgraciado que se ría de mí. Eso nunca.

SANTOS:

Hacete de la vista gorda. No *siás* tonta. Sé cariñosa con él. Nada te sacás con pelear. Al contrario.

TULA:

Tenés razón, pero...

SANTOS:

No le reclamés nada. Si viene hediondo con el perfume de la otra, vos hacete la que no tenés narices. Si ves que tiene la camisa pintada de rojo o le encontrás en la bolsa cualquier cosa que la otra le dé, vos hacete la que ni has visto ni has oído. ¡Qué se entiende hacerle una comedia! Las mujeres para eso nos pintamos.

TULA:

Tenés razón. Voy a hacer como que no me entero de nada, aunque me esté muriendo por dentro.

SANTOS:

Que se dé cuenta que sos una mujer decente. De lo contrario, no se va a casar con vos y vas a perder la herencia.

TULA:

Sí. Me voy a llevar de tus consejos. Aunque lo vea como lo vea, no me daré por aludida.

SANTOS:

Así me gusta oírte hablar.

TULA:

Pero, ¿y al sacristán qué le digo?

SANTOS:

Dejame pensar. ¿Que le pudieras decir al sacristán? ¡Ah, ya sé! Decile que Sotero era protestante pero que ahora está estudiando el catecismo, y que en cuanto se bautice se casarán como Dios manda. Y para que vea que es cosa seria, decile que te acompañe a la iglesia del padre Chemita, para que sea testigo que estás

arreglándolo todo. Así no habrá ningún problema para que te entregue lo que te corresponde.

TULA:

¡Ay, Santos, Dios te bendiga! Voy a seguir tus consejos al pie de la letra.

SANTOS:

Y no vayás a decirle a Sotero lo que me contaron en la cantina.

TULA:

¡Ay, ni que fuera tan tonta! No tengás pena. Ya sabés que yo no soy chismosa. Y además, no me conviene.

SANTOS:

Hacete de la vista gorda. Eso le duele más.

TULA:

Todo sea por la memoria de mi abuelo. Y muchas gracias, Santos.

SANTOS:

Hoy por ti, mañana por mí...

TULA:

Y ahora voy a entrar a esperar al sacristán y a vestirme de luto, aunque me salgan granos. La herencia bien vale el sacrificio, ¿verdá? Y a preparar el altar para rezarle los nueve días al difunto... No vayás a dejar de venir..., ¿oíste? Voy a dar ponche con piquete.

SANTOS:

Claro que no. Ahorita me voy a planchar mi vestido negro.

TULA:

Y que Sotero se vaya preparando, porque cuando nos casemos me las va a pagar todas juntas.

SANTOS:

Hacés bien. Los hombres quieren por mal.

TULA:

Adiós, Santos. Y muchas gracias por todo. Sos una amiga de *verdá*. Algún día te devolveré este favor.

SANTOS:

Ya sabés que siempre estoy para servirte, Tuli-ta... Adiós, chula...

*(Se abrazan. Tula se entra. Santos sola)* Y ahora, por fin... a los brazos de Sotero. *(Se arregla muy coqueta)* ¿Quién hubiera creído que después de todo, la cosa iba a resultar tan fácil? Te voy a exprimir Soterito, hasta la última gota de sangre que tengás en el cuerpo... *(Se dirige a su casa, se santigua y entra. Aparece el sacristán murmurando entre dientes, atemorizado)*.

SACRISTÁN:

San Cristóbal rebajado, yo sigo creyendo en ti... protégame para que pueda cumplir con la *voluntá* del difunto... San Cristóbal rebajado, yo sigo creyendo en ti... protégame...

*(Se escuchan ruidos y gritos en la casa de Santos. Sale Sotero, huyendo, con los zapatos en la mano. Choca con el sacristán. Los dos caen al suelo)*.

SOTERO:

*(Levantándose)* Discúlpeme, amigo...

SACRISTÁN:

La culpa ha sido mía...

SOTERO:

Se lo ruego...

SACRISTÁN:

Crámelo...

SOTERO:

De ninguna manera. Ha sido mía...

SACRISTÁN:

Mía, señor, mía. Como este barrio tiene fama de ser muy peligroso, venía muy preocupado y...

SOTERO:

No se preocupe, amigo. Con Sotero Barrios, puede estar tranquilo. Aquí todos me conocen y me respetan. Por algo desciendo en línea indirecta de un general que fue Presidente de la República...

SACRISTÁN:

¡Pero qué coincidencia! ¿Usted es don Sotero Barrios?

SOTERO:

Para servir a Dios y a *usté*...

SACRISTÁN:

Era a *usté* precisamente a quien yo andaba buscando. ¡Esto parece un milagro! Ahora sí voy a entregarle su herencia a doña Tula con todas las de la ley, como quería su abuelo.

SOTERO:

Pero... ¿de qué herencia me está *usté* hablando?

SACRISTÁN:

De los mil novecientos quetzales que le dejó su abuelo al morir. Aquí los traigo en este morral, para entregárselos como era la *voluntá* del difunto.

SOTERO:

*(Después de pensarlo un momento)* Yo creo que... bueno, yo creo que es mejor que me los entregue directamente a mí. La Tula se ha vuelto muy despilfarradora últimamente. Véngase con-

migo. Vamos a mi oficina. Está aquí a la vuelta. Y de paso quiero invitarlo a tomarse un trago conmigo a la salud de la herencia... Venga, vamos a celebrar este encuentro...

SACRISTÁN:

San Cristóbal rebajado, gracias te doy por haberme permitido cumplir con la *voluntá* del difunto... (*Salen y se apaga la luz*).

TELON

Se terminó de imprimir el día 7 de octubre de 1974, en los talleres de la Editorial "José de Pineda Ibarra" del Ministerio de Educación, 15 avenida 3-22, zona 1, República de Guatemala, América Central. Esta edición consta de 1000 ejemplares en papel bond 80 gramos.

SEMINARIO MUL. "DISCIPLINARI"  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS